

*Sobre el mar brilla el sol resplandeciente,
 Y las olas amansa sonriente.
 Esto, siendo de día es muy frecuente,
 Pero a la medianoche es diferente.
 La luna lo miraba con tristeza,
 Y no podía entrarle en la cabeza
 Que el sol viniera, ya pasado el día,
 A hacerle semejante porquería.
 Era muy húmeda aquella mar serena,
 Y no podía estar más seca ya la arena.
 Ni una nube en el cielo,
 Ni del pájaro el vuelo,
 Puede verse; por la razón sencilla,
 De que no hay allí nube ni avecilla.
 Del brazo de una morsa, placentero,
 Por allí paseaba un carpintero.
 Y de pronto causóles honda pena,
 El contemplar tal cantidad de arena.
 — ¡Qué grande cosa fuera
 — Dijeron —, si esta arena se barriera!
 ¿Crees que siete criados,
 Medio año ocupados,
 Cada uno barriendo escoba en mano,
 No dejarían esto sin un grano? —
 Repuso el carpintero: — Yo lo dudo —,
 Y evitar una lágrima no pudo.
 — ¡Oh, ostras! ¡Venid y demos un paseo! —
 La morsa suplicaba—. ¡Es mi deseo
 Divertiros con mi palabra amena,
 Yendo y viniendo por la blanda arena!
 Pero que vengan cuatro solamente,
 E iremos de la mano alegremente—.
 La ostra vieja miróla con fijeza,
 Moviendo con recelo la cabeza.*



*Como diciendo: «Esa bondad me escama.
 ¡Cualquier día abandono yo mi cama!»
 Pero cuatro inocentes jovencitas,
 Ansiosas de visitas,
 Se elevaron, las caras bien lavadas,
 Las chaquetas bien limpias y aseadas.
 Los zapatos lustrados, relucientes.
 ¡Qué cosas que se ven tan sorprendentes!
 ¡Una ostra con zapatos y sin pies,
 Es de lo más extraño, como ves!
 Y otras cuatro salieron al momento,
 Y cuatro más, bailando de contento.
 Y otras, y otras, saltando a maravilla,
 Vinieron desde el mar hacia la orilla.
 Y morsa y carpintero, «piano piano»,
 Llevando algunas ostras de la mano,
 Por espacio de una hora caminaron,
 Y luego en una roca se sentaron.*